UNA BUENA NOTICIA: LA IGLESIA NACE DEL PUEBLO LATINOAMERICANO

(Contribución a Puebla 78)

Marzo de 1978

INTRODUCCION

El trabajo que presentamos a ustedes quiere ser la constatación de un hecho. La realidad de un nuevo modo de vivir la Iglesia en Latinoamérica.

Es una realidad que está ahí, pequeña y humilde, todavía débil y naciente. Comunidades eclesiales de base del Brasil, comunidades populares del Perú, grupos de reflexión cristiana de Chile y Uruguay, movimientos campesinos de México, Paraguay, América Central y Ecuador, grupos cristianos de los barrios de Argentina, Venezuela y Colombia, grupos juveniles de Bolivia. . . Tantos y tantos otros en tantos países.

Son grupos que se forman entre los pobres y los que se han dejado evangelizar por ellos. Han nacido de diferentes maneras, han recorrido distintos caminos. Y se han conformado como Iglesia. Una forma concreta de ser Iglesia en nuestra situación. Reflexionan desde la praxis de su fe hasta expresar esa fe en la teología de la liberación. Esta Iglesia y esta reflexión teológica no pueden ser ignoradas por quienes pretenden conocer la vida de la Iglesia latinoamericana en los últimos años.

Los escritos que presentamos a ustedes, no son más que un testimonio y una reflexión sobre esa Iglesia. Nacieron desde una reunión de gentes de Iglesia que participan en la vida de ese grupo en diversos países.

Nuestra reflexión y nuestro testimonio son hechos sobre una vida. Con el entusiasmo del que la vive. Pero con el realismo de quien pretende ver los logros y las equivocaciones, las búsquedas y las soluciones. No es más que un trabajo entre tantos que surge de esa vida, de ese caminar de los pobres en América Latina.

Lo ofrecemos, en primer lugar, a los que marchan con nosotros. Pensamos que puede servir para que nos reconozcamos como hermanos. Creemos que ustedes se reconocerán en estas páginas, porque las hemos escrito pensando en ustedes. Quizás a alguno le servirán como ayuda para una reflexión más profunda sobre lo que vivimos, para que seamos capaces cada vez más de "dar razón de nuestra esperanza", para develar dificultades y buscar soluciones.

Lo ofrecemos también a los cristianos que no nos conocen. Esperamos que al presentarnos reconocerán en nuestros grupos, a veces tan mal interpretados, a unas personas que intentan vivir con entusiasmo el Evangelio de Jesús.

Lo ofrecemos gustosos a todos aquéllos que caminan y luchan con nuestra esperanza sin participar de nuestra fe. Somos entre ellos recién llegados. Sabemos que nos miran con interés y tienen derecho a conocernos.

Lo ofrecemos finalmente como aporte a nuestros obispos que se reunirán en Puebla. Pensamos que estamos ausentes del "documento de consulta" elaborado por los expertos del CELAM. Queremos ser reconocidos como un pequeño instrumento en las manos del Señor. Puede ser, frente a la falta de alegría y creatividad del documento oficial, como una alternativa pastoral cristiana en Latinoamérica hoy.

Caracas, 10 de Marzo de 1978

1. DE DONDE VENIMOS

1.1. Queríamos anunciar el cielo

Hacia 1920 ó 1930, es decir cuando nacieron la inmensa mayoría de los latinoamericanos pobres y oprimidos que en 1978 se acercan a los 60 o a los 50 años, en sus catequesis, en sus sermones, en las cartas pastorales de sus obispos, en las fiestas de bautizo y de matrimonio o en los velorios de difuntos, en las peregrinaciones a los Santuarios Marianos nacionales o en las procesiones de las fiestas patronales, la Iglesia Latinoamericana predicaba fundamentalmente un Evangelio supuestamente eterno; anunciaba la esperanza de una vida más allá de la vida presente, en la que la justicia y la misericordia de Dios remediarían definitivamente la resignación triste y dolorosa de una vida desgraciada aquí abajo. Los gozos del cielo compensarían y superarían de un modo increíble a los sufrimientos de la tierra. En consecuencia el mensaje eclesiástico proclamaba la poca importancia de unos pocos años en este mundo frente a la eternidad del otro mundo. En las ciudades, las señoras de la cari-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

dad de San Vicente de Paúl practicaban las obras de misericordia y algunos sacerdotes fundaban círculos obreros o mutualidades. En el campo los curas rurales ayudaban a repartir dádivas patronales durante la fiesta del Santo en la Casa Grande de las haciendas o de las fincas. En México surgía tímidamente la idea de fundar sindicatos agrícolas.

> En su primer siglo de evangelización, miembros ilustres de la Iglesia Latinoamericana, no sólo se habían preocupado por aliviar los sufrimientos y la miseria de los pobres, de los indios o de los negros, sino que habían además cuestionado las raíces mismas del sistema colonial, rechazando la institución de la encomienda y defendiendo el derecho de los indios a poseer sus tierras y a ser libres. Sin embargo, en la memoria de la Iglesia durante el primer tercio del siglo XX, ni Antonio de Montesinos ni Bartolomé de Las Casas, ni los Obispos Antonio de Valdivieso o Juan del Valle, ni los curas Hidalgo o Morelos, eran recuerdos vivos, inspiradores o inquietantes.

1.2. Mientras el pueblo clamaba en la tierra

Mientras tanto, Emiliano Zapata en México se había ya convertido en el símbolo de los campesinos agraristas que reclamaban la tierra para los que la trabajaban; Luis Emilio Recabarren encauzaba hacia un partido obrero las experiencias de lucha y masacre de los mineros y trabajadores de Chile; José Carlos Mariátegui afirmaba en Perú que el problema de millones de indígenas no podía ser ni comprendido ni resuelto sin atender a las necesidades económicas que habían condicionado las contradicciones entre las proclamaciones de igualdad y las realidades de explotación en la historia colonial e independentista de América; Augusto César Sandino resistía desde las selvas y montañas de las Segovias en Nicaragua, la imposición intervencionista del imperialismo norteamericano y de la dictadura del dinero que suplicaban, para mantener su colonialismo interno, las oligarquías nacionales.

1.3. Hasta que oímos el clamor

En 1978, cuando a estos precursores e intérpretes pioneros del clamor de nuestros pueblos se han añadido muchos otros luchadores dignos –entre ellos bastantes católicos explícitos, no en último término sacerdotes y obispos– y cuando la Iglesia ha proclamado que en las aspiraciones de liberación de millones de latinoamericanos se discierne el Espíritu de Jesucristo, no podemos olvidar que no hemos sido los católicos los que hemos derramado la primera sangre ni los que primero hemos cuestionado desde el amor del pueblo el orden establecido. El sordo clamor que brotaba del sufrimiento centenario y de la aplastada resistencia de millones de latinoamericanos crucificados de nuevo en A.L. fue escuchado por hombres de nuestro continente, que no se ubicaban a sí mismos en la tradición evangelizadora, mucho antes que por los depositarios de esa tradición. Los cristianos hemos necesitado en A. L. de la mediación de estos hombres para descubrir nuestra propia realidad y el juicio ético que merecía, y ásí empezar a ponernos lentamente en continuidad con el cuestionamiento del sistema llevado a cabo a su modo por evangelizadores del siglo XVI.

Estos hechos, que no podemos ni queremos evadir, son fuente de una verdadera humildad cristiana. Desde esa humildad difícil, sin temor a que algunas autoridades de la Iglesia nos reprochen nuestra ingenuidad o nos acusen de alimentar leyendas negras, tenemos el derecho a preguntarnos: ¿qué nos sucedió para poder pasar de largo, dando un rodeo, frente al pueblo asaltado, robado y abandonado a su suerte? ¿cómo es posible que no nos moviera principalmente la compasión por las multitudes? ¿cuáles eran nuestras obras para que provocaran en nosotros el temor de acercarnos a la luz? ¿hasta qué punto habíamos reprimido la verdad con injusticias, haciéndonos incapaces de interpretar el momento presente? ¿cómo habíamos llegado a preocuparnos obsesivamente por nuestro puesto en la sociedad, por la frecuentación de los templos, descuidando en cambio la justicia, el buen corazón y la lealtad?

1.4. Por qué no oíamos ni veíamos

Lentamente hemos ido buscando las respuestas. Pertenecíamos a una institución, la Iglesia, que mantenía a través de nosotros, de manera desigual y precaria (éramos pocos y escasas eran las vocaciones apostólicas) una presencia en todos los ambientes de nuestro continente, también entre las mayorías campesinas y en los tugurios masivamente miserables de nuestras ciudades en crecimiento. A pesar de los gestos de reverencia devueltos a la Iglesia y a sus jerarcas, una vez que las burguesías liberales incipientes relegaron su agresividad anticlerical desde un poder ya consolidado buscaron la legitimación religiosa de este poder, nosotros sentíamos dudas y vacilaciones sobre el influjo real de nuestra evangelización. No nos era fácil perseverar divididos entre el afán de inculcar un cristianismo interior y el servicio a la exuberante religiosidad exterior del pueblo, que no despreciábamos pero que intuíamos ambigua y a veces manipulada.

Dispersos y aislados en las inmensidades rurales de nuestro continente tal vez sentimos aquí y allá la gran pregunta que se encarnaba en nuestras vidas de miseria, en la violencia infligida y en los contenidos resentimientos de millones de campesinos y mineros. Cuando nuestras ciudades, en cambio, fueron transformando su tranquila belleza colonial y la expulsión de la tierra acumulada empujó a millones de campesinos despojados y desocupados hacia ellas, al lado de sus nuevas e inmensas avenidas y de los nuevos barrios de lujo, se agolparon las barracas y los ranchos en barrancos y cerros. Ahora veíamos a los campesinos recién despojados apiñarse, y no nos bastábamos para atenderlos. Concentrados nosotros y mejor comunicados en las aglomeraciones urbanas, se nos fue rasgando el velo que cubría nuestros ojos. Fue un encuentro tremendo con el despojo, el desarraigo, la manipulación, el desempleo, la desnutrición, la enfermedad y la muerte. Al mismo tiempo nos llegaban las sonoras proclamaciones populistas, ansiosas de liquidar la exclusividad del poder oligárquico y de crear un puesto respetable en nuestra sociedad para las clases medias emergentes; y más aún nos golpeaban las consignas revolucionarias de los marxistas, y el miedo a que el ateísmo arrebatara el corazón de las masas.

1.5. Nos nacieron ojos nuevos

Principalmente por este temor, o sobre todo por la miseria insoslayable, el hecho es que a muchos nos nacieron ojos nuevos, se nos conmovieron las entrañas y acabamos –como lo formuló uno de los pioneros, Helder Cámara–

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

preñados por la miseria de los pobres. Habíamos comenzado a descubrir el único camino, se nos había comenzado a imponer la necesidad de un puente entre la confesión de fe en Jesús resucitado y la tierra que estábamos llamados a evangelizar. Necesitábamos un **signo** que de veras apuntara hacia Dios, una **mediación** que ayudara a salvar el abismo entre el cielo y la tierra, que pudiera rescatar la exuberante religiosidad, no enterrada por la miseria, y transformarla en adoración en espíritu y en verdad. Teníamos que ir cesando de decir solamente "Señor, Señor" y ponernos a hacer, penosa, pero constantemente la voluntad del Padre.

1.6. Aprendimos a solidarizarnos con los pobres

A nosotros y a los grupos que comenzaron a nacer, con fuerza carismática de nuevas comunidades cristianas, entre los más desheredados del continente, entre los analfabetos y los marginados, entre los campesinos sin tierra y los indígenas, y también algunos entre obreros explotados, se nos hizo sencillo, nítido, claro como el agua naciente, el **único signo privilegiado**, la **única mediación absoluta**, la **única prueba satisfactoria** de la verdad operante de nuestra fe y, por lo tanto, de nuestro mensaje, de nuestra evangelización. La luz retornó a nuestros ojos y vimos claro el único signo que se nos exigía, el único que Jesús había proclamado como programa suyo de acción, el único que ofreció a los que se sintieron torturados por la duda en El y en su misión: aquí y hoy, en América Latina, el Evangelio tenía que ser buena noticia para los pobres y los oprimidos. En ello estaba el único signo privilegiado, la única mediación absoluta, el único puente que no se podía evadir.

Preñados por la miseria y la explotación, por la dominación y la imposición, por el silencio cultural y la manipulación, infligidos a los pobres de A.L., fuimos evangelizados por esos pobres y a la vez comenzamos a entregarles el gozo de una buena noticia para su situación concreta. Y empezamos así a seguir descubriendo juntos. Descubrimos y anunciamos que la verdad sobre su situación nos iba a poner en camino hacia la libertad: de ahí surgió, por ejemplo, la concientización. Se nos reveló toda opresión como clamor que estaba llegando al cielo y nos obligó a anunciar toda liberación como don del Señor ofrecido a nuestra energía para desencadenar y encauzar toda nuestra rebeldía contra la Iglesia que éramos nosotros mismos y toda la remansada paciencia de los pobres. En resumen, se desveló toda la vergüenza de nuestro rodeo de siglos ante el dolor y la esperanza de los pobres y comprendimos que no podíamos seguir planteando nuestro problema principal en términos de "con la Iglesia o contra la Iglesia", sino en términos de "con los pobres o contra los pobres".

Que se anuncie una buena noticia a los pobres, que para ellos se rescate la alegría, que entre ellos y desde ellos como pueblo y como hijos preferidos del Padre, se realicen obras y se pongan en marcha procesos de liberación: ese era el único signo, la mediación absoluta, el camino y el puente únicos hacia el Padre.

Vislumbrábamos que Dios era fácil de ser manipulado en cualquier otra mediación y a través de cualquier otro signo: en la fe de labios afuera sin obras de justicia, en las elaboraciones teológicas sin influjo operante en el amor, en el culto solemne que deformaba la Cena del Señor a través de una escandalosa desigualdad sin deseo de compartir el pan, en los santuarios y en las imágenes veneradas, como el sábado judío, en sustitución del hombre. Allí mismo, en esos santuarios, veíamos cada año ir a verterse, todavía sin cauce de justicia, sino sólo como súplica confiada, el clamor de sufrimiento y la esperanza paciente de los pobres.

Donde a Dios no lo podríamos manipular, ni nosotros, ni las mismas masas populares, era en esos pobres. Ausente Jesús de en medio de nosotros, nos había dejado a los pobres para que los tuviéramos siempre con nosotros, como retrato suyo, como imagen de la debilidad del Dios que en Jesucristo se había revelado. Ante los pobres –una vez recuperada la compasión de Jesús, y su identificación con ellos– como ante Jesús, no cabía sino tomar partido: con ellos o contra ellos. El rostro del Dios nuevamente crucificado en ellos sólo podría ser manipulado ignorándolo completamente, y más pronto o más tarde, directamente o por omisión, contribuyendo a poner también nuestro pie encima de ellos. La única forma de ver al Padre era verlo en los hermanos más pequeños de Jesús. El único método para caminar con Jesús hacia el Padre era solidarizarnos con los problemas y las luchas de los pobres. Poco a poco surgía como centro de nuestra evangelización el desafío de la palabra nueva del Señor: lo que hagan a uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hacen.

Así pues, la protesta y la acción de quienes –antes que nosotros los católicos latinoamericanos– se rebelaron contra la injusticia y la opresión, la ubicación de nuestra misión pastoral en la cercanía de las masas, y el redescubrimiento del seguimiento de Jesús desde el encuentro con los pobres nos han ido conduciendo hacia la solidaridad con ellos como hacia la mediación absoluta de nuestra misión evangelizadora.

2. DONDE ESTAMOS

2.1. En el continente latinoamericano

2.1.1. El dolor del pueblo

El hecho más saliente y doloroso que se hace patente a cualquiera que se acerque a nuestros pueblos, es el de las enormes e hirientes diferencias sociales. Unas minorías que viven en el lujo y el despilfarro a costa de las grandes mayorías constituídas por campesinos, obreros industriales, empleados de servicios, habitantes de las áreas marginadas de las ciudades e indígenas, viven en una situación de opresión económica, social, política, cultural y religiosa.

La mirada atenta de quien los ve con corazón humano, descubre miles de rostros concretos, blancos, mestizos, indios y morenos, como personas que ansían la paz y una vida digna, pero sufren la violencia y la carencia de las cosas más elementales.

Nuestra inserción en el mundo de los pobres nos ha permitido participar en algún grado en su miseria y opresión. Hemos convivido con el campesino y el trabajador del campo a quienes no alcanza la tierra, el precio de lo que produce, o el salario, para el sustento de la familia y para la emergencia de las enfermedades; hemos visto de cerca al emigrante rural que abandona por falta de tierras el suelo nativo hacia nuevas fronteras agrícolas, arriesgando su vida

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

en regiones inhóspitas; hemos asistido al deambular de desempleados que incluso cruzan las fronteras de los países, a los sacrificios de los jornaleros estacionales. En todos ellos hemos encontrado el rostro sufriente de Jesús que nos llama a seguirle.

En las ciudades y en los complejos industriales, mineros o agropecuarios, contemplamos al obrero y al peón que sufre las angustias de la inflación, que se encuentra dividido por los sistemas de jerarquías, de rangos en los puestos de trabajo y que es amenazado con el desempleo si protesta en busca de salarios más suficientes o si trata de organizarse para mejorar su situación. Vemos también en los suburbios y ranchos esa inmensa población desempleada, marginada de los servicios urbanos, sin agua, sin luz, sin más casa que una choza, muchas veces precaria y siempre insuficiente para acoger una vida familiar. Sentimos que sus rostros nos interpelan como los de hermanos más pequeños que son Jesús, que necesita nuestra ayuda.

En algunos países, las poblaciones indígenas, como mayorías discriminadas y despreciadas o como minorías amenazadas de ser arrasadas, son un desafío para nosotros: los pobladores más antiguos de nuestro continente viven en su lugar de origen como si estuvieran en un país extranjero.

2.1.2.- Situación estructural

Estas mayorías de nuestros países latinoamericanos, perciben cada vez más la injusticia de su situación como algo no merecido. Cuando con ellos reflexionamos sobre su vida desde la misma sabiduría popular o con el auxilio de las ciencias sociales y profundizamos las causas de esa situación, las vemos como formando una estructura. Más allá de la buena o mala voluntad de aquéllos que en nuestras sociedades tienen el poder, más allá de sus intenciones, más allá de su percepción de la realidad, nuestras sociedades están organizadas al servicio de unos pocos y para la explotación de las mayorías. Mientras persistan unas estructuras basadas en la propiedad privada de los medios de producción, y de dependencia respecto a los países más desarrollados del área capitalista, necesariamente el abismo entre los que tienen más y los que tienen menos, irá creciendo. Las instituciones fundamentales de la vida social, la ciencia y la técnica, la cultura y la política están, de hecho, al servicio de las clases dominantes. Hablar del "bien común" no es más que un camuflaje de la realidad que sólo busca el bien de un grupo minoritario de la sociedad, mientras mantiene a las mayorías en condiciones de mera reproducción de fuerza de trabajo barata y sometida al provecho del capital privado y del capital transnacional.

Esa condición de nuestros pueblos, en el caso de América Latina, es consecuencia de la dependencia económica, tecnológica y cultural, que mantienen y encubren una dependencia política respecto al centro de poder económico capitalista, que es fundamentalmente los Estados Unidos y, con él, los países más industrializados de Europa y del Japón. En los últimos años la situación se ha agravado por el crecimiento y el poder de las transnacionales, más fuertes que los propios Estados y dotadas de mecanismos que les permiten eludir el control de cualquier Estado, para cumplir con su única finalidad: aumentar la ganancia, controlar las materias primas, los procesos manufactureros, la tecnología y los mercados. Su motor es el lucro, sin consideraciones humanitarias y sin respeto a ninguna ética. A las transnacionales corresponde la mayor responsabilidad en problemas tales como el deterioro del ambiente, el agotamiento de los recursos naturales del planeta y la macrourbanización inhumana, que tanto preocupan hoy en todo el mundo. A ellas hay que imputar la responsabilidad por la injusticia en el comercio internacional del imperialismo internacional del dinero y por la corrupción y el soborno como medios "normales" de alcanzar sus propios fines, por encima de los intereses de las naciones y de los pueblos.

Los grandes bancos mundiales y el capital transnacional controlan a nivel planetario las decisiones sobre la vida económica y, desde ellas todos los aspectos del quehacer global de nuestras naciones. El endeudamiento de nuestros países, como el del resto de los del Tercer Mundo, ha alcanzado ya niveles tan críticos que amenazan el sistema financiero internacional y que hace que el excedente de la producción nacional que podría invertirse para el desarrollo se consuma en pagar réditos y garantizar refinanciamientos que, a la larga, aumentan nuestra dependencia y nuestra incapacidad para un desarrollo autónomo y autosostenido.

Esta dependencia de nuestros países es mantenida por y para las clases dominantes que cada día mejor organizadas en agrupaciones no permitidas a los oprimidos, tienen mayor capacidad de poder y de manobra en las decisiones del Estado. Imbuídas por pautas culturales capitalistas, viven un consumo desenfrenado y suntuario, en un lujo cada vez más insultante. Con facilidad invierten en el extranjero las ganancias obtenidas en el propio país, privando así a nuestros pueblos de un capital que necesitan para su desarrollo; sólo invierten en nuestro suelo cuando se les asegura un margen de ganancia superior incluso al de los capitalistas de los países desarrollados. Estas clases privilegiadas conforman lo que Medellín llamó con justicia el "colonialismo interno", causante del despojo de las mayorías.

Las clases medias y profesionales ponen sus saberes y sus servicios al servicio de la clase dominante. También ellas desde el individualismo y el consumismo, discriminan al pueblo y lo dejan abandonado a su suerte.

2.1.3. Dependencia y Seguridad Nacional

La economía de nuestras naciones está distorsionada por el poder del capital transnacional y de sus aliados, las burguesías dependientes de nuestros propios países. Ellos buscan su interés y no tienen en cuenta las necesidades del pueblo para determinar la producción. Dominada y distorsionada la economía se distorsiona también la política, la cultura, todos los intereses nacionales. En el capitalismo dependiente las decisiones más fundamentales para la vida de nuestros pueblos se originan fuera de nuestras fronteras. A nuestros hombres y en particular a los pobres, se les ha arrebatado la participación en decisiones que les afectan vitalmente.

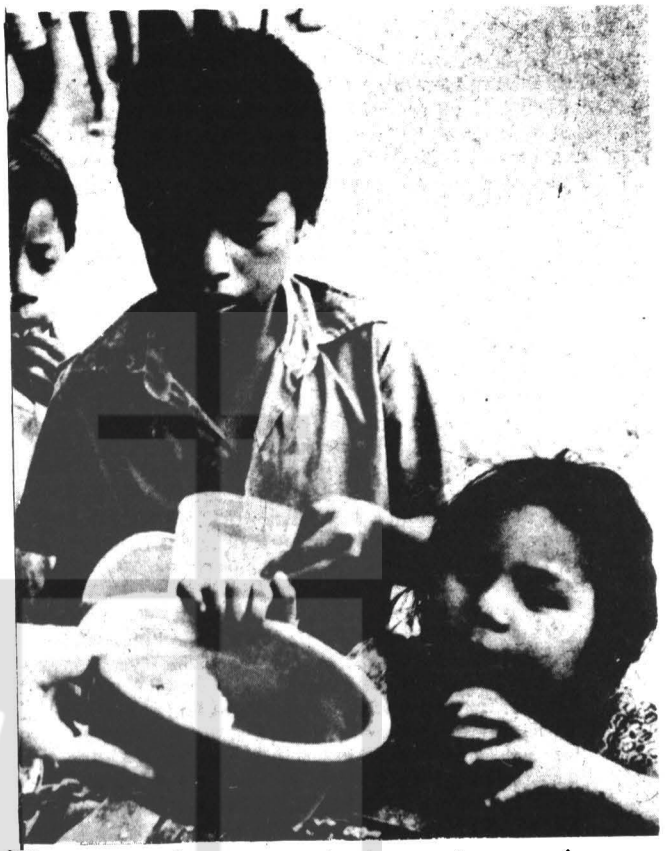
La frustración creciente de gobiernos y pueblos y la imposición de los intereses del capital, han creado y mantienen un clima de tensión, de inseguridad, de miedo y de represión. La violencia del sistema genera violencia de res-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

puesta, uno de los signos de nuestro tiempo ambiguo, ciertamente, pero importante. La crisis de nuestras economías sometidas al capital internacional y la espiral de violencia van dando paso a la militarización de muchos gobiernos, o al menos al uso cada vez más duro de las medidas de "seguridad nacional" que destruyen la convivencia y la participación en la responsabilidad pública y se hacen sangrientamente represivos.

La violencia económica y la violencia política de estos sistemas ha traído como consecuencia el doloroso exilio de miles y miles de latinoamericanos. Ellos sufren el desarraigo, la seperación familiar y muchas veces la miseria y explotación. Y nuestros países se ven privados de una fuerza y una inteligencia que necesitan para superar el subdesarrollo.

La situación creada por la estructura capitalista es inhumana y deshumanizante. Es un mal dinámico que ocasiona y hace crecer la desesperanza, la cerrazón de corazón, el individualismo, el miedo, el egoísmo y la desolidaridad... Se nos van cerrando las posibilidades de ser hombres, de ser hermanos, de vivir como pueblos. Esas negaciones son negaciones del mismo Dios. Escapamos hacia la irresponsabilidad, tratamos de esconder nuestra angustia en la búsqueda de poder, de riqueza y de placer. Ese escapismo es también negación de Dios. Somos mayoritariamente todavía un pueblo religioso, pero si no dejamos que Dios nos pregunte por nuestro hermano y si no seguimos el camino liberador de Jesús, dejamos de ser cristianos, por más que templos y obras de la Iglesia destaquen entre otras construcciones, por más que los jerarcas de la Iglesia sean condecorados por los de una sociedad corrompida.



2.1.4. Soluciones estructurales

Las causas del padecimiento de los pobres y de la descomposición de nuestros pueblos son estructurales. Las soluciones que se busquen e implementen deben ser también estructurales. Mientras el sistema de capitalismo dependiente no cambie en sus raíces los pobres seguirán siendo más pobres y los ricos serán cada vez más ricos. Si le interesa al capitalismo internacional, nos industrializaremos pero con una industrialización que no servirá a nuestros pueblos sino a la ganancia del capital. Seguirán existiendo explotadores y explotados, opresores y oprimidos. Una clase que domina todos los mecanismos de la sociedad para ponerlos al servicio de su ganancia y otra sólo tenida en cuenta como fuente de trabajo al servicio del capital. El cambio no se consigue simplemente aumentando la producción o predicando contenidos éticos sino modificando radicalmente la propiedad de los medios de producción y los mecanismos de mercado que hay que poner al servicio, a la disposición y bajo el control de todos los hombres. Ese cambio no lo van a realizar los actuales detentadores del poder porque sería contra sus intereses y contra su visión del mundo y de la sociedad. Es el pueblo, el pueblo concientizado y en marcha, el que lo debe realizar.

2.1.5. Derechos Humanos

Los derechos del pueblo son los que deben ser defendidos y proclamados. Ante su violación que es la violación de todo un pueblo, tenemos que clamar, pero tenemos también que conseguir que resuene clara la pregunta: ¿por qué nuestros Estados se ven obligados a reprimir, no ya esporádica, sino sistemáticamente, los derechos humanos, personales, sociales, económicos, políticos y culturales de las mayorías latinoamericanas? Y debemos responder también con claridad: no porque nuestros líderes políticos sean más insensibles que los de los países industrializados; sino sobre todo porque no se puede mantener ya la ficción de la democracia si se quiere mantener en su ritmo y en sus criminales porcentajes las ganancias de unos pocos nacionales y transnacionales. Los derechos humanos son los derechos de los pobres y de los oprimidos. Estos son la mayoría de los latinoamericanos. Sólo así se ve que no se trata meramente de repintar de "democracia restringida", de "civilismo", o de "lucha legal contra el terrorismo" un sistema de represión impuesto por el imperialismo económico y ya demasiado desnudo. Se trata más bien de arrancar las raíces económicas y políticas de la explotación y la opresión sistemáticas y estructurales del pueblo. Más profunda y verdaderamente que un grito de compasión por la dignidad herida de los hombres, los derechos de los pobres son el problema causado por la expoliación, la dominación y el encubrimiento ideológico. Mientras denunciamos violaciones de estos derechos o defendemos a las víctimas del sistema no podemos olvidar que hay que arrancar de raíz el árbol podrido que envenena con sus frutos de muerte a América Latina.

2.2. Con una Iglesia que nace del pueblo

Los dolores y las esperanzas del pueblo latinoameri-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

cano deben ser los dolores y las esperanzas de los discípulos de Cristo. Así sentimos nosotros la interpelación del Concilio cuando en nuestra situación buscábamos desentrañar la llamada de Dios. Activa fue la presencia de la Iglesia en el proceso de desarrollo y de integración que caracterizó a los años sesenta. Esta participación tenaz en los esfuerzos de promoción popular dio autoridad a la voz de los obispos cuando en Medellín proclamaron que este camino no tenía salida. Allí reconocimos que mientras no se rompa con el colonialismo interno y con el imperialismo no habrá desarrollo para nuestros pueblos. La miseria, como hecho colectivo, sigue siendo hoy una injusticia que clama al cielo. Es necesaria una transformación global. Allí fuimos invitados a tomar decisiones solamente si estábamos dispuestos a ejecutarlas aun a costa de sacrificios. Hoy, a diez años de Medellín, constatamos que ese compromiso ha abierto caminos que son ya una verdadera corriente histórica.

Estas páginas pretenden situarse en esta perspectiva. Quieren ser expresión de nuestra situación, vehículo de reconocimiento y convergencia y cauce de nuevos desarrollos.

2.2.1. El desafío de la situación

Queremos ante todo reafirmar el hecho que polariza nuestras vidas como un desafío irrenunciable: Nuestros pueblos no logran realizar su derecho elemental a la vida. Pasan hambre, trabajan y viven en condiciones infrahumanas. Los servicios de la vida moderna –luz, agua, transporte, deportes, recreación, educación y salud– o no les llegan o resultan claramente insuficientes. No sólo son explotados. Más grave aún es que vivan abandonados, como ovejas sin pastor. Se les impide cualquier tipo de organización. Se les niega así todo tipo de esperanza. La justicia no se ha hecho para ellos, sino en su contra. La policía los trata como presuntos delincuentes. Los políticos los engañan descaradamente. Los medios de comunicación distorsionan sus necesidades y aspiraciones. Y entre tanto las burguesías consolidan sus privilegios y exhiben unos niveles de vida tan fastuosos que en estas circunstancias encierran un insulto intolerable.

2.2.2. No se han agotado las posibilidades

Nosotros no podemos considerar esta situación como un mal por ahora inevitable. No nos resignamos ante la idea de que todo esto sea el costo social del desarrollo. No habrá diagnóstico científico ni estrategia política que logre hacernos cree que esta situación es hoy por hoy sustancialmente inmodificable. Sabemos que en nuestro mundo existen posibilidades científicas y técnicas para eliminar el subdesarrollo. Por eso la existencia inocultable de nuestros pueblos pobres y vejados es una voz que se alza sobre cualquier slogan encubridor y llama por su verdadero nombre a la situación latinoamericana: esto es un orden injusto, esto es una violencia legalizada, esto es una opresión que deshumaniza no sólo a las víctimas sino sobre todo a los autores.

Y en esta miseria imperdonable que padece nuestro pueblo hemos sentido la exigencia de Dios. Hemos sentido que no se puede adorar a Dios desde la resignación a la injusticia. Porque allí donde es negada la fraternidad es rechazado Dios Padre. Nuestro pueblo oprimido no tiene voz; sin embargo en ese silencio forzado, en esa ausencia hemos sentido el reclamo de Dios: "¿Dónde está tu hermano?". La existencia del pueblo oprimido desbarató nuestra pretensión de justicia individualista, de salvación privada. Nos sentimos responsables. Habíamos ido al pueblo con la buena conciencia del que trata de prestar una ayuda desinteresada. Comprendimos que no se puede ir al pueblo impunemente: o se lo integra a este sistema en condición de explotado o uno se integra a la lucha del pueblo por crear otro orden social donde tenga cabida el pueblo en justicia y dignidad.

2.2.3 La solidaridad con el pueblo implica conversión

Vivimos este cambio de solidaridades como una verdadera conversión. Y lo íntimo de nuestro desgarramiento nos hizo ver el carácter social de nuestro ser personal. Al tratar de asumir la perspectiva del pueblo descubrimos que muchas de las ideas, valoraciones y aspiraciones que creíamos más personales no eran sino lo que esta sociedad nos había inculcado para encubrir la injusticia y justificar la opresión. Más aún vimos en nuestros valores más santos –el amor, la paz, la unidad– habían sido desfigurados para que resultaran compatibles y aun baluartes de este orden de explotación y muerte. Y descubrimos más, descubrimos que aun nuestra idea de Dios, de Jesús, de la salvación y de la Iglesia estaban siendo sutilmente manipuladas. Todo esto lo descubríamos desde dificultades y oposiciones, entre temores y dudas. Pero en todo ello hubo una continuidad fundamental, un hilo tenue pero irrompible: esta sensibilidad cristiana que nos había lanzado, este Espíritu de liberación que seguíamos, ese instinto evangélico que día a día se afinaba hasta que por fin se volvió una gozosa certeza: Ese era el camino de Jesús. Sólo en el compromiso con las clases oprimidas y en la lucha por combatir discriminaciones y privilegios y superar necesidades e injusticias cabe la realización humana, el encuentro con Dios y la esperanza de liberación para nuestras sociedades. Desde ahí cobra sentido el evangelio y se construye la Iglesia.

2.2.4. En medio del camino

Y aquí estamos. En el medio del camino. Ya es demasiado tarde para regresar. Pero aún es demasiado pronto para mostrar una obra cumplida. La semilla está en tierra, creemos que en buena tierra. Pero eso es cosa de esperanza. Porque lo que existe sobre todo en A.L. es miseria, frustración, desaliento. Una lucha a muerte por sobrevivir, una lucha agotadora, inhumana para subir un mísero peldaño en la escala del bienestar. Lo que debiera constituir un ascenso de toda la sociedad hacia la abundancia producida y compartida en común se programa como un reñido concurso para ocupar plazas escasas. Y nuestro pueblo deja la salud y la vida en esta lucha y sobre todo le obliga a sacrificar la solidaridad. Aunque la solidaridad siempre acaba triunfando: en núcleos locales o a nivel nacional. Y entonces viene, implacable, la represión. Y aquí estamos entre la opresión y la represión, entre la corrupción y el desánimo. Este es el hecho mayor: la situación de pecado.

2.2.5. América Latina: Cristiandad sin justicia

No llamaremos cristiana a Latinoamérica porque nuestras constituciones mencionen el nombre de Dios o porque nuestros gobernantes honren a la institución eclesiástica ni porque nuestros prelados bendigan los bancos y reciban condecoraciones ni porque nuestros gobernantes participen oficialmente en las festividades religiosas locales

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

y nacionales ni porque se celebren con te deums las fechas patrias ni porque quienes nos explotan aparezcan como bienhechores de instituciones religiosas y hasta reciban condecoraciones pontificias. La realidad de nuestro continente constituye una negación de la paz tal como la entiende la tradición cristiana. Un orden social fundado en desigualdades injustas implica un rechazo del Señor. Por eso sentimos que estamos en tierra ajena. No es tiempo de cosechar y gozar. Es tiempo de aspirar por una patria donde habite la justicia. Somos en nuestros propios países como cautivos de quienes nos dominan. Cautivos en marcha hacia la liberación. Y nuestro Dios es un Dios parcial y está de nuestra parte. El nos ha creado para la hermandad y no puede tolerar la opresión del hombre por el hombre. Nosotros sentimos su paso salvador cuando marchamos hacia la organización, la capacitación, el poder compartido, el servicio mutuo. Cuando luchamos así, con nosotros lucha Dios.

Expresamos todo esto como esperanza y deseo de que nunca lleguemos a confundir el mal y el bien hasta el punto de admitir a esta sociedad porque se apellide cristiana y favorezca a la Iglesia. Y que no llamemos mal a lo que aún no tiene poder ni a lo que es combatido porque prepara el futuro que será la muerte de este presente injusto.

2.2.6. Anunciamos una buena noticia

Pero no sólo condenamos a una situación que condena al pueblo. También y sobre todo anunciamos un evangelio, una buena noticia: Se puede vivir en la oposición. No dependemos de la voluntad de nuestros opresores. Podemos desafiliarnos de sus organizaciones, desoír sus slogans, ignorar sus modas, desconocer a sus líderes. Ellos nos decretan la muerte política, pero vivimos. Trabajamos en sus fábricas, en sus campos, en sus oficinas, en sus hospitales, en sus escuelas y universidades, pero no como esclavos sino aprendiendo a manejar lo que un día será de todos. Este sistema se nos presentaba como un dios capaz de dar la vida y la muerte. Nos exigía reconocimiento y sumisión. Hoy somos ateos de ese dios y seguimos vivos. Esta es nuestra buena noticia. Hemos descubierto los límites de este sistema: no es todopoderoso. Y más aún existe ya en germen el poder que lo derribará mañana. Ya este presente que nos agobia no agota todo nuestro horizonte vital. Nosotros hemos experimentado este nuevo poder como un poder que nos libera del miedo a morir. Por ese miedo pasábamos la vida como esclavos. Ahora sabemos que nuestra pobreza puede enriquecer a otros y que en nuestra debilidad se manifiesta la fuerza de Dios como salvación para todo el que se atreve a desolidarizarse de estos poderes de muerte para vivir de nuestra esperanza. Frente al presente del dominador –cerrado para nosotros– se va haciendo cada vez más espacio el presente que se abre al futuro, el presente para aspirar, para resistir, para organizarnos, para luchar y para cantar; para responder a esa voz de Dios que nos llama a construir una vida humana. Un presente nuestro, una zona ya liberada desde la que se puede vivir.

Esta es nuestra buena noticia. Nosotros no decimos: si todos nos pusiéramos de acuerdo en construir un sistema social justo y dinámico yo de buena gana dejaría mis comodidades para entrar en esa vida compartida. Ese es un planteamiento irreal. Nosotros decimos: en el seno de esta sociedad discriminadora es donde tiene lugar la lucha por construir otra nueva. Esa lucha tiene un costo social, un precio. Sólo será quitado el pecado del mundo por el amor servicial que lleva a cargar el pecado del mundo. Sólo así será posible transformar esa condena injusta del pueblo en una lucha justa por la justicia. De este modo la revolución no será revancha sino superación.

Nuestra buena noticia es proclamar que se puede vivir a la intemperie. Y que sólo desde este riesgo aceptado se puede crear solidaridad como unión fecunda de hombres libres. Queremos comunicar la noticia de que este estilo de vida se da ya, con un grado de desarrollo variable, a lo largo y ancho de Nuestra América. Son quizás campesinos que leen la Biblia en común y en ella aprenden que su situación no es una fatalidad sino un pecado y que ellos tienen que luchar para quitarlo. Son también marginados de la ciudad que quieren ser de verdad una comunidad cristiana y se preguntan cómo hacer eficaz su amor y se meten en juntas vecinales, fundan cooperativas, alientan acciones de reivindicación y de mil modos se organizan. Son estudiantes que en grupos se van ligando establemente a núcleos populares. Son indígenas que luchan por recrear sus comunidades y mantener una autonomía dinámica desde la que sea posible un intercambio fecundo y justo. Son profesionales que estudian y tratan de implementar proyectos de transformación; militantes políticos que luchan por crear alternativas y lograr convergencias. Son religiosas, sacerdotes y obispos que participan en estos procesos con creciente fe en el pueblo y, desde lo que aprenden, animan y consolidan. Poco a poco estos grupos diversos comprenden sus intereses comunes, intercambian sus experiencias, emprenden acciones conjuntas, aprenden también a interpelarse mutuamente. También celebran su esperanza que tiene en Jesús muerto y resucitado su símbolo más real. En estas eucaristías recobradas la memoria viva de Jesús se anuda con los momentos más sagrados de la historia de los pueblos latinoamericanos hasta constituir una historia de salvación en busca aún de su cumplimiento.

2.2.7 En un mundo esperanzador

Desde esta actitud y desde estas actividades hemos entrado en contacto con un mundo medio subterráneo, pero bullente y esperanzador. No todo en A.L. es hambre y miedo, desaliento y abandono. Existen innumerables gestos de solidaridad, existen reservas de dignidad, de respeto, de resistencia tenaz. Existen organizaciones más o menos estables y acertadas que promueven el autodesarrollo y la liberación. Mucho antes que nosotros otros hombres habían llegado al pueblo para derribar mansedumbres y resignaciones falsamente sagradas, para revelarles su condición de injustamente explotados, para estimular su dignidad, para organizarlo para resistir y triunfar de la opresión. Ha habido incomprensiones mutuas, subsisten problemas aún. Pero se va abriendo paso la colaboración. Muchas cosas permanecen ambiguas. Pero tenemos que confesar que en todo ello hemos descubierto el aliento libre y vivificador del Espíritu de Jesús como esperanza de los pobres, consuelo de los afligidos y fuerza de emancipación.

3.- COMO NOS ENTENDEMOS

Lo que hemos afirmado hasta ahora muestra que en América Latina existe una indiscutible realidad cristiana, vivida antes que reflexionada, hecha antes que escrita. El Espíritu del Señor está en esta historia y vive en ella precisa-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

mente creando vida. Es un Espíritu de verdad que se hace presente haciendo historia según la verdad de Jesús.

Lo que vamos a decir creemos que ocurre en muchos grupos cristianos en nuestro continente. No todos se reconocerán ahí, ni todos realizan con igual intensidad la novedad que presentamos. Pero creemos que esa novedad existe y que se va imponiendo por la fuerza del Espíritu.

El nuevo camino de la fe en América Latina es tradicional y novedoso. Tradicional, porque intenta transmitir y entregar en forma de historia vivida lo mejor que se ha entregado a los cristianos de este continente: la historia y el caminar de un pueblo hacia el reino de Dios, la historia y el caminar de Jesús hacia el Padre. Novedoso, porque todo camino cristiano hacia adelante pasa, como el de los profetas y el de Jesús, por una ruptura, que es a la vez esperanza y construcción de lo nuevo, y también despojo, a veces doloroso, de lo antiguo. Lo que pretendemos a continuación es explicitar las más profundas raíces cristianas de ese nuevo caminar. Pretendemos que tome la palabra a la luz de la fe lo que es ya en parte una realidad.

3.1. Nueva realidad y nueva conciencia de Iglesia

Las reflexiones que vamos a hacer a continuación se condicionan y complementan mutuamente. No podemos hablar del pobre sin hablar de Dios, ni hablar de Cristo sin hablar de hacer el reino de Dios. Todo se nos va unificando. Pero para comenzar de alguna manera queremos mostrar lo que nos parece ser lo más nuevo: la nueva conciencia que tenemos de ser Iglesia e Iglesia de los pobres y las realizaciones a que ha llevado esa nueva conciencia.

3.1.1. Iglesia que nace del pueblo

Hemos sido Iglesia durante largos años, pero ahora se nos presenta con fuerza que no podemos vivir individual ni aisladamente nuestra fe cristiana. Captamos que somos pueblo de Dios antes que individuos creyentes, que en nuestra fe dependemos de otros, que no vamos a Dios ni construimos su reino solos, sino en compañía, que nuestro camino hacia Dios para siempre por otros hombres. Es éste el descubrimiento de que previamente a cualquier diferenciación funcional dentro de la Iglesia todo cristiano tiene la tarea positiva de edificar, de construir una casa para todos donde se viva la fe y la entrega mutua.

Este primer sentido de Iglesia popular, que se nos esclareció desde el Vaticano II, aunque todavía muy poco claro sociológicamente, equivale a devolver la dignidad cristiana a la mayoría de los hombres de nuestro continente, privados de cualquier tipo de dignidad, incluída la de su fe. Y aunque de forma todavía vaga intuimos que la Iglesia tiene que ser una comunidad en la que todos tengan cabida y especialmente aquellos pobres y oprimidos que secularmente han sido más destinatarios de acciones eclesiásticas que sujetos de su propia fe.

3.1.2. Del pueblo pobre y oprimido

Pero más importante que lo que acabamos de decir es que la Iglesia será pueblo de Dios cuando sea en verdad Iglesia de los pobres, cuando se entienda a sí misma desde y para los oprimidos, y cuando ellos realmente sean los que tomen la palabra y nos digan dónde sopla hoy el Espíritu en América Latina.

Esto es ya en parte una realidad, pues descriptivamente nuestra Iglesia latinoamericana está cobrando identidad al ser y pensarse desde las grandes mayorías oprimidas del continente, al encontrar en ellas y no en previos esquemas eclesiásticos su razón de ser, el correcto planteamiento de sus verdaderos problemas e incluso la solución a ellos.

Y desde un punto de vista más teológico, nuestra Iglesia –al hacerse Iglesia de los pobres– se está convirtiendo simplemente en la Iglesia de Jesús. Pues son los pobres, la encarnación entre ellos y el servicio a ellos lo que nos pone al descubierto las raíces más profundas de nuestra fe cristiana: la parcialidad del Dios de Jesús hacia ellos, el lugar de ejercer el amor cristiano, el lugar inequívoco de caminar hacia el Padre de Jesús.

Esta Iglesia de los pobres es hoy aquel Siervo de Jahvé, que sufriendo salva, y que luchando implanta el derecho entre las naciones. Esta Iglesia de los pobres es la que se convierte y la que es capaz de convertir a las realizaciones petrificadas, anquilosadas y pecaminosas de otro tipo de ser Iglesia. Esta Iglesia de los pobres es la permanente invitación de Dios a integrarnos en ella, a servirla, a dejarnos convertir por ella, a aprender de ella antes que a enseñar, a recibir de ella antes que a dar.

3.1.3. Se constituye en la solidaridad.

Esta Iglesia de los pobres nos ha hecho recobrar las raíces profundas de la solidaridad eclesial. Lo que muchas reflexiones teológicas no han conseguido lo está consiguiendo la Iglesia de los pobres. Han desaparecido muchas barreras seculares entre jerarquía y fieles, sacerdotes y campesinos, intelectuales y obreros. Esta auténtica unión eclesial, en la que existen obviamente diferencias funcionales, es un fenómeno nuevo en nuestro continente. Las desuniones que desgraciadamente siguen existiendo no se explican ya por la línea divisoria entre jerarquía y fieles, sino por una línea divisoria mucho más fundamental y más auténticamente evangélica: ser Iglesia de los pobres o ser una Iglesia abstractamente para todos o, peor aún, ser una Iglesia interesadamente para los poderosos.

En esta unión, desconocida hasta ahora, los diversos grupos eclesiales han aprendido a compartir. Se comparte la palabra, pues no existe ya sólo la palabra del Obispo, del sacerdote o del intelectual, sino también la palabra del pueblo y ésta privilegiadamente, pues en ella se encuentra la más profunda palabra que hoy pronuncia el Espíritu en nuestro continente. Se comparte la acción e iniciativa pastorales y las luchas liberadoras. Se comparte la esperanza y la alegría en los logros y triunfos. Y se comparte finalmente el sufrimiento y la persecución, que no es ya trágico destino sólo de los secularmente oprimidos, sino también de aquéllos que han optado claramente por ellos, sean obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, líderes, intelectuales, etc.

3.1.4. Donde se encuentra la acción por el reino.

En la Iglesia pobre y solidaria aprendemos también lo que ella no es ni debe ser y aquello a lo que realmente debe servir: el reino de Dios, el reino de la fraternidad huma-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

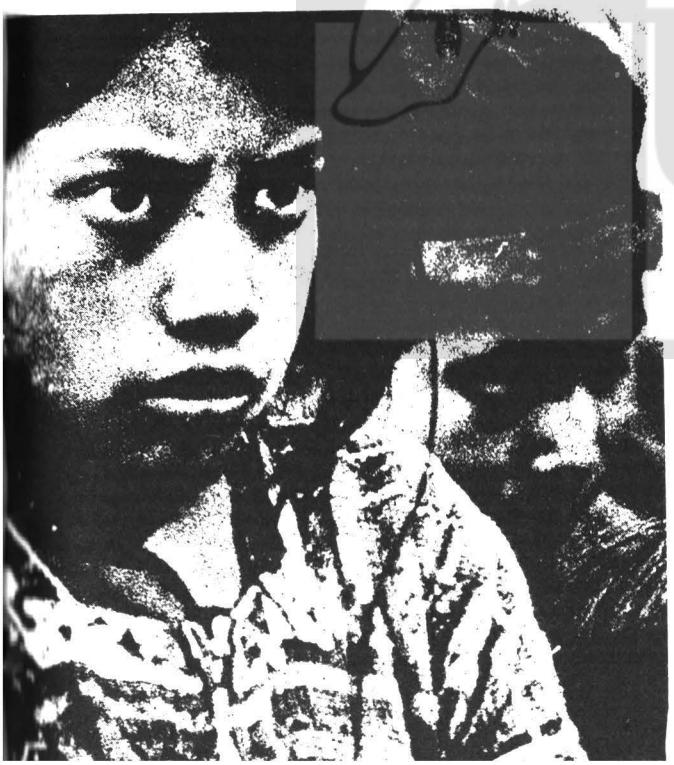
na, de la paz y de la justicia.

Porque la Iglesia no es el reino de Dios ha aprendido la humildad de no monopolizar para sí la verdad ni la acción que lleva a ese reino. Esa humildad le hace colaborar sinceramente con otras Iglesias cristianas y con cualquier hombre de buena voluntad, aunque no sea explícitamente cristiano, siempre que lo que esté en juego sea la construcción del reino. Y no solamente ha aprendido a colaborar sino incluso a aprender de aquéllos que con honradez y amor al pueblo latinoamericano se han entregado aun antes que ella a la tarea de su liberación.

Como Iglesia católica sabe que es depositaria de un germen de catolicidad, pero que ésta no se hará real sin el esfuerzo común de todos los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad. Esto, lejos de hacerle perder identidad propia, se la confiere, pues le recuerda su relacionalidad constitutiva hacia el reino de Dios y no hacia sí misma, pecado que con tanta frecuencia ha cometido.

De esta forma la Iglesia latinoamericana está recobrando su propia identidad de ser sacramento de salvación para otros, como nos lo recordó el Vaticano II y Medellín. Pero esta salvación la vemos como algo histórico que debemos realizar ahora, dejando en manos de Dios la última y definitiva salvación.

Esta tarea salvadora es la misión específica de la Iglesia y es lo que con pleno derecho podemos llamar evangelización. Pues evangelizar no es otra cosa que hacer presente y realidad la buena noticia. Permítasenos que en estos momentos en que toda la Iglesia latinoamericana está implicada en esclarecer y planificar lo que es la evangelización, aportemos también lo que significa evangelización desde una Iglesia de los pobres.



Evangelizar significa en primer lugar, como en aquellas palabras de Jesús, anunciar la buena noticia para todos, pero directamente para los secularmente oprimidos: "No teman; Dios está con ustedes. El reino de Dios se acerca". Este anuncio de la buena noticia es la herencia sagrada de la Iglesia que tiene que seguir transmitiendo. Y esta buena noticia parcializada es la que ha forzado a la Iglesia a comprenderse como Iglesia de los pobres.

Evangelizar significa también la denuncia de todo aquello que impide o desvirtúa la buena noticia. Es la denuncia profética del pecado, de la falsa humanización de quienes han hecho del lucro, del dinero, del prestigio, del poder religioso o político la finalidad de su vida y el medio de oprimir al pobre. Esta denuncia es también buena nueva, aunque dolorosa; pues es una llamada a la conversión. También para el opresor hay una esperanza, pero a condición de que se despoje de su poder y lo ponga al servicio de los oprimidos.

Evangelizar significa también dar testimonio con la propia vida de que la buena noticia se ha hecho ya realidad en parte en quienes pretendemos anunciarla a los demás. Significa ofrecer no ya una palabra de anuncio o denuncia, sino hechos reales, aunque modestos, de solidaridad, de propio despojo y conversión a la Iglesia de los pobres.

Evangelizar significa por último hacer realidad histórica la buena nueva anunciada. El que la buena nueva se haga la buena realidad para todos, el que el mundo de opresión en que vivimos se convierta en un mundo de todos y para todos, el que se haga el reino de Dios es el significado más profundo de evangelizar; pues ahí la palabra de Dios no ha sido sólo ofrecida sino realizada.

Y desde ahí comprendemos en su realidad y concreción históricas que la Iglesia es sacramento de salvación, signo eficaz de lo que expresa. No sólo anuncia que hay salvación sino que la realiza. Y esta verdad tan antigua y tradicional se nos ha hecho clara y transparente cuando la Iglesia se ha hecho Iglesia de los pobres. Pues hemos comprendido que no se puede evangelizar al pobre sin intentar sacarlo de su pobreza, que no se le puede predicar que es hijo de Dios sino es en el esfuerzo para que viva con el mínimo de dignidad de hijo de Dios.

Nuestra Iglesia por lo tanto, más que a través de conceptualizaciones teóricas, está aprendiendo lentamente aquello que es su gran verdad. Que ella no es el reino de Dios, sino su servidora; que tiene que anunciar, testimoniar e iniciar ese reino de Dios; y que en esa tarea, que no es otra cosa que la evangelización, se va constituyendo a sí misma, se va re-creando ella misma en la historia cuando y en la medida en que se pone al servicio de esa misión.

3.1.5. En la historia latinoamericana

A esta nueva realidad eclesial le compete también su identidad histórica y geográfica: su ser latinoamericana. De forma sencilla se puede afirmar que existe la sensación real de que en verdad se puede y se debe ser latinoamericano precisamente para ser cristiano. Naturalmente la Iglesia del continente es consciente de su participación en la Iglesia universal, lo que a ella le debe y también el aporte que a ella puede y debe dar. No se trata de aislacionismos ni menos de

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

vamos triunfalismos. Se trata de concretar la fe cristiana desde la realidad específica y no desde una universalidad abstracta e impuesta por siglos. No se trata de ignorar lo que las diversas culturas foráneas han ido entregando o imponiendo a nuestro continente, sino de la lucidez sobre lo original y típico de éste, que no es sin más una parte del mundo occidental cristiano, sino un lugar determinado en el que se realiza la historia de Dios, con problemas y esperanzas originales e irrepetibles.

Esta latinoamericanización de la conciencia eclesial se expresa a diversos niveles, todos ellos importantes para una Iglesia verdaderamente encarnada. La continuidad histórica de la Iglesia del continente con la historia del pueblo de Dios y de las primeras comunidades cristianas nos aparece mediada a través de lo que haya habido en nuestro continente de historia de la liberación, desde los primeros esfuerzos en tiempo de la colonia hasta los más recientes y conocidos. Ese reubicarse dentro de un proceso histórico, el tomar conciencia de los que han sido nuestros verdaderos hitos históricos es de singular importancia para la conciencia eclesial en el presente.

También la latinoamericanización se expresa a nivel de las declaraciones de sus propios obispos. Ya sabemos que éstas son numerosas, variadas y a veces incluso contradictorias. Pero es evidente que cuando los pastores de la Iglesia piensan desde y para su pueblo latinoamericano adquieren una creatividad, originalidad y calidad cristiana que no se alcanza desde la rutinaria repetición de principios universales. Desde este punto de vista Medellín no es sólo una serie de documentos con una inteligibilidad propia, sino un expresar en palabra lo que es realidad de una Iglesia determinada con sus angustias y esperanzas, con sus pecados y sus logros. Y después de Medellín han aparecido numerosas o por lo menos suficientes cartas de obispos cuya originalidad ha consistido en poner en forma de credo histórico la historia de nuestros pueblos, como antaño los pastores de Israel o los primeros cristianos. No hay que desdeñar la originalidad de esos mensajes, pues representa la originalidad de una Iglesia.

También al nivel de reflexión teológica aparece una latinoamericanización de la conciencia eclesial; y ello no tanto por la conceptualidad usada sino por el interés primigenio que mueve a reflexionar sobre la praxis de la fe. La originalidad de la teología de la liberación consiste en desear más la liberación real que la propia teología, en servir a un pueblo en su lucha por liberarse más bien que en teorizar sobre verdades genéricas. Esta teología pretende no escamotear lo real, no pasar por alto nada que sea historia real del pueblo. Y por ello es eclesial y latinoamericana. Y por ello este tipo de hacer teología es también una forma de cobrar identidad latinoamericana como Iglesia.

Por último y más importante que todo lo dicho, es el mismo pueblo latinoamericano en la profundización de lo que él es, como campesino, obrero, indígena, el que está descubriendo su propia identidad cristiana. La historia de las comunidades de base y todos sus esfuerzos y luchas por encontrar su liturgia, su oración, su reflexión, su acción social y política es un testimonio de esta latinoamericanización de la Iglesia. Que ese proceso tiene sus vaivenes, sus logros y fracasos es evidente. Pero lo importante es constatar que existe ese proceso, la decisión a ser cristiano en América Latina y latinoamericanamente. Pues sin él no existe la encarnación, es decir el primer paso para ser Iglesia de Cristo hoy.

3.1.6. Qué pasa de la muerte a la resurrección

1.6. Lo que hasta ahora hemos pretendido no es más que mostrar las raíces últimas y más fundamentales de lo que es ser y hacer Iglesia hoy en América Latina. A esto es a lo que llamamos la "primera" eclesialidad, a la vida real de unos hombres y mujeres cristianos que se saben pueblo, solidarios, con una misión en y para América Latina y que han encontrado su última identidad cristiana haciéndose Iglesia de los pobres.

De esta primera y fundamental eclesialidad vive y es comprensible lo que podemos llamar la "segunda" eclesialidad, es decir, la configuración orgánica de esa Iglesia de los pobres en estructuras doctrinales, sacramentales, administrativas y jerárquicas. Lo que la experiencia latinoamericana da no es que éstas sean superfluas, ni que deban existir dos tipos de Iglesias paralelas correspondientes a lo que hemos llamado los dos tipos de eclesialidad; sino que lo que de organización necesaria hay en la Iglesia cobra su esencia cristiana cuando está al servicio de la primera eclesialidad, para organizarla, darle lucidez y cohesión; y más radicalmente aún, que lo organizativo de la Iglesia no puede suplir de ninguna forma la primera realidad eclesial. Lo que queremos decir en el fondo es que no existe otra forma de construir la Iglesia si no es siguiendo en la historia el camino de Jesús.

La estructura de ese camino es conocida y al re-crear esa estructura hoy comunitariamente en América Latina se re-crea la Iglesia de Jesús. No puede haber Iglesia sin encarnación histórica a la manera de Jesús en medio de su pueblo y sin un seguimiento de los valores últimos de Jesús. Eso es lo que hemos pretendido elaborar hasta ahora, aun sin mencionarlo. Muchos grupos eclesiales en América Latina han encontrado este camino sencillo, pero fundamental de constituirse como Iglesia. También en ello naturalmente han fallado en parte, y por eso no caben aquí los triunfalismos. Pero sí cabe la exigencia de mostrar agradecidamente el don que se nos ha dado de recorrer ese camino de Jesús. Y por ello creemos que la Iglesia va por buen camino cuando prosigue la obra de Jesús en su encarnación y seguimiento.

Pero el camino de Jesús termina con la pascua: con su muerte y resurrección, o más exactamente con el paso a la vida a través de la muerte. Este misterio pascual no es sólo para confesarlo ortodoxamente sino para vivirlo. Y es además el último criterio de verificación de si el camino emprendido es cristianamente correcto o no. Es cierto que hay otros criterios de verificación a los cuales debe estar abierta cualquier Iglesia. Existe la Iglesia universal, existen las instancias jerárquicas, y todas ellas pueden y deben ser correctivos a un determinado camino. Pero en el fondo, aunque necesarios, estos criterios son extrínsecos a la misma vida eclesial. El criterio intrínseco y por ello último de verdadera eclesialidad es el misterio pascual. Cuando una Iglesia está dispuesta a dar, a darlo todo, a dar su propia vida, a con-morir con Cristo, cuando está dispuesta a completar en su cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo está realizando lo que fue el criterio de la verdad de Jesús y que él mismo lo enunció: "Nadie tiene más amor que el que da su vida

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

por sus amigos".

Y cuando de este despojo y muerte surge vida, cuando la esperanza es más grande que el dolor, cuando el sufrimiento y la persecución no paraliza la acción por el reino sino que la promueve, entonces hay resurrección. Entonces la Iglesia se considera a sí misma como quien sufre, pero dolores de parto de una nueva creación.

Muerte y resurrección no son hechos de Jesús ajenos a la historia actual, sino que son los hechos culminantes que deben configurar y verificar así a la Iglesia. No en vano se dice que la Iglesia es el cuerpo de Cristo en la historia. Lo que la experiencia latinoamericana añade a esta verdad repetida es su absoluta evidencia. Se es Iglesia siendo el cuerpo de Cristo; y se es cuerpo de Cristo encarnándose en una historia concreta, transfigurándola y cambiándola según el reino de Dios, aceptando cargar con el pecado histórico que da muerte, y resucitando en los logros conseguidos y en la esperanza que no muere. Ahí está la última verdad de la Iglesia en América Latina, que la ha conseguido o mejor se le ha ofrecido como un don en la medida que se ha hecho una Iglesia de los pobres.

3.2. Los replanteamientos de nuestra fe

Lejos de desaparecer o reducirse creemos que como Iglesia de los pobres y seguidores de Jesús nuestra fe ha crecido; pasa ciertamente por la oscuridad de toda fe, pues ésta es un don, pero es también una victoria sobre el mundo y sobre nosotros mismos. Vemos claramente su encarnación histórica y su trascendencia, pero todo ello desde dentro, desde las raíces más profundas del hacer y recibir cristianos. No la sentimos ya como algo impuesto o meramente heredado, sino como lo que se nos ha dado para que lo llevemos con temor en vasos de barro, pero con la alegría de hacerla fructífera.

3.2.1. El "no" de Dios al pecado del mundo

Si algo se nos manifiesta claro desde nuestra fe es que Dios pronuncia un "no" y un "sí" incondicional sobre este mundo. Esto no es en sí mismo nada nuevo, pero sí es nueva la convicción profunda de mantener también nosotros ese sí y ese no. Dios pronuncia un "no" incondicional al pecado de nuestro mundo que sacude nuestras conciencias dormidas, falsamente tranquilas. Por simple que parezca hemos redescubierto desde la fe que no hay nada en este mundo, ni la tradición, ni la reflexión "realista", ni siquiera las argucias de las teodiceas clásicas que puedan acallar ese no, precisamente porque es el no permanente de Dios mismo.

Hemos aprendido también desde la fe que pecado es aquello que imposibilita, dificulta o anula el reino de Dios. Es por lo tanto algo visible y objetivo. Es cierto que el pecado se engendra en el corazón de los hombres, pero su malicia se muestra en la exterioridad de las acciones. Pecado es la opresión del hombre por el hombre, y por ello y no por otra causa es la negación de Dios, es el desprecio a un Dios cuya gloria es el hombre que vive. Pecado es en último término aquello que da muerte al hombre. Eso lo hemos aprendido mirando a la cruz de Jesús. Pecado es lo que dio muerte al Hijo de Dios y pecado sigue siendo lo que da muerte a los hijos de Dios, bien lentamente bien a través de estructuras injustas.

Hemos aprendido también la necesidad de poner nombre concreto al pecado. Naturalmente, existen muchas formas de dar muerte al hombre y en muchas áreas de la existencia humana, familiar, matrimonial, profesional, etc. Pero en el momento actual de la historia de nuestro continente el pecado tiene un rostro estructural claro, que perpetúa la raíz de la muerte, de la opresión y de la injusticia. Se le llame dependencia, seguridad nacional, multinacionales o trilateralismo, hemos aprendido a ponerle nombre para no ser infieles a Dios cuando pronuncia su no sobre el mundo. Naturalmente también somos conscientes de nuestros propios pecados, de nuestros fallos y egoísmos, a veces de nuestros dogmatismos. Pero nada de esto nos exime de la obligación de llamar pecado a esta violencia institucionalizada que impera en nuestro continente.

Desde ahí hemos aprendido también cómo enfretarnos con el pecado. Hemos vuelto a leer el evangelio con los ojos de Jesús, el siervo, que carga con el pecado del mundo. Sabemos y queremos pedir perdón por nuestro propio pecado y escuchar las palabras misericordiosas del Padre que en su bondad nos perdona. Pero no acaba ahí el enfrentamiento con el pecado. El que sintamos el perdón del Padre no nos exime de algo más fundamental: la lucha por quitar el pecado del mundo, el esfuerzo para que desaparezca todo aquello que niega el reino, que oprime y da muerte al hombre.

Enfocar así el pecado nos capacita para dar el primer paso en la construcción del reino; pues aunque en su formulación utópica será a veces difícil saber en qué consiste en su negación es claro: terminar con el pecado. Nos capacita también para el realismo cristiano de la encarnación, que no se realiza al margen de la historia concreta sino sumergiéndonos en lo que de conflictivo tiene. Nos enseña una verdad olvidada o camuflada tantas veces: que sólo se puede ser cristiano dentro de la conflictividad. Y aprendemos que la fe, la esperanza y el amor no son realidades ingenuas, sino que sólo se conquistan a través de esa lucha contra el pecado.

Aprendemos a ver el pecado del mundo no desde la consideración sapiencial de que "lucha es la vida del hombre sobre la tierra", sino desde la visión cristiana de quien espera precisamente cuando espera contra esperanza.

3.2.2. Sí, al amor que construye la justicia

Lo que tantas veces hemos oído, leído e incluso predicado cobra ahora nueva fuerza: el que ama a su prójimo ha cumplido la ley. La vida humana, cristiana y eclesial no pierde en complejidad. Siguen habiendo necesarias estructuras, directrices obligantes, leyes y normas; a veces aparece la tensión entre la complejidad de la vida real y la sencillez del mandamiento del amor. Pero admitiendo la necesaria complejidad y la tensión entre esa vida compleja y el amor, se nos hace transparente con la misma sencillez, con que Jesús habló del mandamiento fundamental, que toda nuestra vida humana, cristiana y eclesial no tiene más sentido que en el amor al hermano, para que de esta forma el Padre nuestro sea expresión del amor a Dios.

Hemos aprendido que el amor al hombre no es un

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

falso sentimentalismo ni un pacifismo que acepta con resignación las cosas como están para no herir. La vida en el amor nos parece mucho más seria. Y por ello la primera forma del amor está en la superación del pecado. No comenzamos a amar desde una tabula rasa sino desde el lugar en que la misma historia nos coloca con su ausencia de amor. Y de ahí que el amor cobre su primera seriedad. Y hemos aprendido que la realidad del amor consiste en re-crear a todo hombre, en hacer más hombre al hombre deshumanizado, sea que su deshumanización provenga del exceso de poder que le convierte en opresor o de la carencia de poder que le convierte en oprimido.

De ahí también que nos asuste la misma palabra "amor" pues ha sido manipulada hasta límites insospechados, sirviendo muchas veces para encubrir falsos paternalismos, abstractas declaraciones eclesiales o reducir el verdadero amor a unos límites previamente elegidos, donde el amor no sea tan conflictivo y crucificante. Junto a esta necesaria desideologización del amor vemos también la necesidad de dar un nombre propio al amor en nuestros días. Ese nombre propio depende de las diferentes relaciones reales que se generan entre hombres. Pero en nuestro continente no podemos ignorar, sino recalcar –so pena de hacernos reos de un pecado secular– esa forma de amor que se llama justicia, es decir, amar tanto a los hombres que luchemos por unas estructuras en las que éstos sean más fácilmente hermanos y menos sujetos a la arbitrariedad del poder. Justicia no tiene que ver por lo tanto ni con venganza ni con odio; no es la reacción interesada hacia un pasado injusto, sino la disposición y la lucha hacia un futuro más humano para todos. Y el sentido concreto de lo que es justicia, incluso de lo que significa hacer justicia, hacer más humanos a los poderosos, lo hemos descubierto al lado de aquéllos a quienes secularmente se las ha hecho injusticia, los oprimidos.

Por ello al recobrar lo absoluto del amor y de la justicia los descubrimos cristianamente como algo que tiene que ser eficaz. Amar es buscar mecanismos eficaces de justicia, tomar opciones personales, sociales y políticas que mejor parezcan instaurar la justicia. Lo descubrimos también como algo que en nuestra historia tiene que ser conflictivo, pues la implantación del amor va siempre unida a la denuncia del pecado y su erradicación. Luchar contra nuestro propio egoísmo y el egoísmo de los demás es una forma de amor, pero que no se lleva a cabo sin causar heridas profundas. Lo descubrimos por último como algo gratuito, pues aunque la intención del amor es la eficacia, quien quiera cumplir el mandamiento de Jesús debe también estar dispuesto a dar aunque no vea frutos, a apostar por el pobre, aun cuando la apuesta no tenga visos de ser ganada, a dar incluso su vida como semilla de un árbol que él no verá.

Esta vida en el amor y en la justicia nos hace también recobrar lo que recorre todas las páginas de la Escritura: algo se nos ha dado. Y lo más profundo que se nos ha dado es el poder llegar a hacer lo que hizo Jesús. La gracia se nos presenta no sólo como los ojos nuevos para ver a Dios en la historia, sino como las manos nuevas para hacer historia según Dios. Y de ahí que esta vida en el amor se nos presente espontáneamente como la verificación última de nuestra fe cristiana, más allá de la cual no podemos ir. Pues en ella encontramos, también con nuestros propios fallos y pecados, que se nos ha dado el don de Dios, que se ha realizado, al menos en parte, el milagro imposible: hacer de la propia vida una vida para otros, entregar la vida para que otros la tengan.

3.2.3. Encontramos a Jesús

Esta vida entre el sí y el no de Dios a nuestro mundo nos parece ser el núcleo fundamental del seguimiento de Jesús. En ese seguimiento hemos ido descubriendo lo que tantas veces hemos repetido: que es verdadero Dios y verdadero hombre. Pero estas palabras ahora suenan diferentes. En lugar de decir con frialdad "verdadero hombre" le llamamos hermano nuestro, porque en su seguimiento le comprendemos mejor. Comprendemos lo que fue su entrega a los demás, sus tentaciones, su ignorancia y también su entusiasmo en el trabajo, su amor por los más pobres, sus polémicas con los poderosos. Comprendemos mejor su camino hacia la cruz, el dolor del abandono del Padre en un mundo de pecado, y también lo que confesaron después de su muerte: que había resucitado, porque una vida tal no puede morir sino que tiene que estar siempre escondida en los brazos de Dios. Le conocemos como el primogénito en la fe, "el que ha vivido originariamente y en plenitud la fe".

Y también nos suenan distintas las palabras "verdadero Dios". No porque tengamos algún interés en buscar fórmulas alternativas a las consagradas por nuestra Iglesia desde hace muchos siglos, sino porque se nos ofrece espontáneamente una mejor traducción. Ese Jesús fue realmente el Hijo de Dios por antonomasia, pues es realmente el camino que conduce al Padre, la verdad que ilumina ese camino y la vida que da fuerza para recorrerlo. Después de Jesús no podemos ya creer en el Padre separado de Jesús. En ese Jesús se nos ha mostrado Dios a la manera de Hijo.

Y porque creemos que es el Hijo creemos también que es el Señor, no a la manera de poderoso soberano, sino de siervo servidor. Y creemos que es el liberador de nuestras vidas, porque su ejemplo nos hace liberadores de los demás.

Nuestra fe en Cristo, explicitada quizás en formas diversas a otras más tradicionales, más interesadas quizás en que se muestre en la ortopraxis del seguimiento que en una descarnada y fría ortodoxia, es firme siempre que desencadene un seguimiento. Nuestra mejor manera de afirmar su divinidad es introducirnos en nuestra humanidad con la ultimidad con que él lo hizo; encontrando el rostro de Dios en nuestros hermanos pobres, sirviéndoles con aquella entrega hasta de la vida con que sólo se sirve a Dios.

3.2.4. Le seguimos en comunidad

Si Jesús vive, su Espíritu no puede estar muerto. Ese Espíritu, que no es otra cosa que la fuerza de Dios que sigue generando historia según Jesús, lo reconocemos como vivo porque nos mueve a proseguir a Jesús en épocas determinadas. Y ese proseguimiento lo hacemos en comunidad. No reconocemos a Jesús como el Hijo ni seguimos su camino aisladamente, sino llevándonos mutuamente.

Esa primera gran comunidad la forman todos los hombres que explícita o implícitamente se dejan guiar por el Espíritu de Jesús. Ahí entran todos los pobres de la tierra que nos muestran el rostro escondido de Dios, todos los hombres de buena voluntad que como Jesús no prefieren conservar su figura de hombres, sino entregarse a los demás.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Y esa es la Iglesia real, la verdadera Iglesia de Jesús, porque vive, lucha, muere y resucita como Jesús.

Comunitariamente el Espíritu de Jesús nos mueve a hacer siempre una nueva historia, a configurar a nuestro mundo y nuestro continente según el ideal del reino de Dios. Y cuando tenemos el coraje de lo nuevo, cuando no calculamos el precio de la ruptura, cuando no nos anclamos en la seguridad de lo antiguo y rutinario estamos seguros de que nos anima ese Espíritu.

Desde esa gran comunidad del Espíritu de Jesús vivimos en la comunidad en que fuimos bautizados: en la Iglesia. No nos sentimos externos ni ajenos a ella. Gozamos cuando aparece más claramente como el sacramento de la gran comunidad del Espíritu y sufrimos cuando lo desfigura. Sabemos que nosotros también la hacemos casta y prostituta; que sus fallos humanos no es excusa para que la reconozcamos como la depositaria explícita de la tradición de Jesús. Sabemos que dentro de esa Iglesia hay y habrán tensiones y a veces graves, pues por encima de ella está el reino de Dios. Sabemos que habrá diferencia de opiniones, a veces legítimas y plausibles y otras veces fruto del pecado. Pero, con todo, queremos ser Iglesia, aportar lo mejor que tenemos, dejarnos corregir por otros hermanos. Y lo queremos porque sabemos que también en ella está el Espíritu de Jesús y éste puede renovarla, puede hacerla cada vez más un instrumento al servicio del reino.

3.2.5. Caminando en la esperanza

Cuanto más nos sumergimos en la historia a la manera de Jesús más nos sale al paso el misterio de Dios. Junto a los oprimidos escuchamos su clamor; en nuestros intentos de hacer la justicia no encontramos mayor urgencia y acicate que ese misterio último; en nuestro silencio e impotencia nos aparece como crucificado; cuando queremos agradecer la extensión del reino nos volvemos hacia El para dar gracias; cuando nuestra esperanza es puesta a prueba nos acordamos de aquél que es capaz de llamar a ser a las cosas que no son.

Esa fe vivida en la historia nos muestra una transparencia de la historia que sólo podemos expresar nombrando al Padre de Jesús. No son las meras palabras, ni los argumentos refinados los que dan testimonio de ese Dios; no es la posesión de Dios las que nos convence de su realidad. Sino que es recorrer el camino de Jesús el que nos justifica sin más nombrarle como el "Padre"; es hacer el reino de Dios lo que nos lleva al Dios del reino; es morir como Jesús lo que nos da esperanza fundada de resucitar en los brazos del Padre.

No es que hablemos de otro Dios, ni que pretendamos hacerlo mejor que otros, pues en esto toda humildad es pequeña. Pero tampoco podemos silenciar lo que para muchos ha sido un gozoso descubrimiento: haciéndonos afines al "no" de Dios al mundo de pecado y al "sí" de Dios al mundo de la justicia, siguiendo a Jesús en ese hacer, compartiendo con otros la construcción del reino, apostando con y por los oprimidos, haciéndonos Iglesia de los pobres se nos ha descubierto un nuevo rostro de Dios. No es que nos atrevamos a poner un nuevo nombre a su misterio último, pero creemos vivir nuestra vida como un camino al Padre.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas